OCTAVIO VICENT

VICENT GARCIA EDITORES/COLECCION ESCULTORES VALENCIANOS MAYO/JUNIO 85

ANTOLOGIA CRITICA

Como el músico configura el sonido y el silencio, el escultor de nuestro siglo ha ritmado la materia y la oquedad. No le inspiran las formas sensibles, sino el rigor de la geometría. Pero se manifiesta también en este arte la diversidad estilística que distingue a la cultura de nuestro tiempo. A esta variedad no se sustrae ni la nueva escuela valenciana. Uno de los méritos de Octavio Vicent estriba en haber sabido mantener firme su vocación realista sin traicionar su personalidad con ensayos ajenos a su temperamento. Las tendencias de la vanguardia no pueden hacer olvidar a los magníficos escultores valentinos que florecen en el primer tercio o la primera mitad de nuestra centuria. Distinguía a estos maestros un dominio de la materia que ni sus mayores detractores han podido negar. Octavio Vicent no sólo ha sido hijo y discípulo de algunos de ellos: se ha formado en el estudio de sus obras y ha heredado el magisterio técnico concretado en ellas. Por otra parte, en sus visitas a museos extranjeros, especialmente italianos, ha templado su gusto estético. Pero estos factores no explican totalmente su arte: bien como consecuencia de meditaciones o de manera inconsciente asume y sintetiza los caracteres atávicos de la escultura valenciana patentes desde el iberismo matizado por la aportación helénica. Brota su arte de las entrañas de las tierras mediterráneas. Responde su obra a un ideal esteticista de equilibrada formulación. Busca la belleza formal; no reduce a signos: la encuentra en la figura; no prescinde de la corporeidad: la exalta porque advierte en la conformación variada de posiciones los juegos rítmicos de vacíos y densidades que otros verifican a través de la abstracción. No desdeña los valores sensibles; emplea modelos de vigorosa y sana complexión y refleja la sensualidad de sus cuerpos en catarsis estética. No reduce, sin embargo, su arte a los límites de un naturalismo externo; trasciende la materia y capta el espíritu; concibe el alma como principio de vida intelectual, moral, orgánica y fisiológica. Modera la expresión patética. Domina la actitud, anima la figura en reposo; asimila los caracteres raciales y confiere a la individualidad dimensión arquetípica. Refleja en sus obras un canon de hermosura valenciana. Se adscribe su arte al armonismo propio de la escuela valentina, bien de Joanes, bien de Vives y aun de la época barroca, porque es reconocible en todas las épocas. Con vigorosa técnica resuelve la figura en lección de belleza. Transcribamos la noticia gozosa de la creación de un museo dedicado al artista y a su padre, el gran maestro Carmelo Vicent, en la ciudad alicantina de Jijona.

FRANCISCO JOSE LEON TELLO

Es un artista maduro, cuajado. Ha trabajado mucho, y ha estudiado también ahincadamente y no sólo en España. Ha visitado Francia, Portugal, Grecia, Inglaterra y, sobre todo, Italia. En Roma y Florencia, donde ha hecho largas estancias, se ha empapado a fondo de arte clásico y renacentista o, dicho con una sola palabra, de humanismo. Octavio, según parece, debe ser de los que piensan que, para progresar en arte, hay que conocer muy bien los clásicos: y no es mal pensamiento, pues los ignorantes del pasado sólo son ciegos sin futuro. Las obras de nuestro escultor pueden reputarse de clásicas, pues como las obras dignas de tal calificación, reflejan la eterna sencillez y fuerza de la naturaleza. Octavio se ha mantenido firme en el campo de la representación figurativa, hoy el sector más problemático y difícil del arte, en especial del escultórico. Pues en pintura, a causa de la infinita variedad de motivos a su alcance, es más hacedera la figuración original; pero en escultura, con su único o casi exclusivo tema del ser humano, ¿qué novedad figurativa, qué creación realmente personal puede darnos todavía el artista? La producción de egipcios, griegos, romanos y renacentistas —por no citar sino cuatro grandes ciclos ha venido casi a agotar las posibilidades de representación del cuerpo humano; y de aquí que debamos considerar poco menos que una hazaña la labor del escultor figurativo actual que no cae en el tópico o en la servil imitación.

Esa es la hazaña que, sin alharacas, viene cumpliendo Vicent entre nosotros: la creación de una obra personal y, sin embargo, fiel a los valores inmarcesibles de la cultura mediterránea; a esos valores de equilibrio, armonía, serenidad y belleza que nacieron, para una vida sempiterna, a orillas del Mare Nostrum y que han inspirado desde Fidias a Rodín, pasando por el maestro Mateo, Donatello, Della Robbia, Juan de Bolonia y tantos otros. La fidelidad a tales valores, con su implícita supremacía de lo orgánico sobre lo inerte, otorga a la obra de Octavio Vicent su máxima jerarquía y la hace localizable geográfica y etnográficamente, pese a ostentar a la vez, como decíamos, un evidente sello personal. Contradicción sólo aparente, pues es ley general de la vida, y por tanto del arte, que el premio de la personalidad sea alcanzado exclusivamente por los que no lo buscan de propósito.

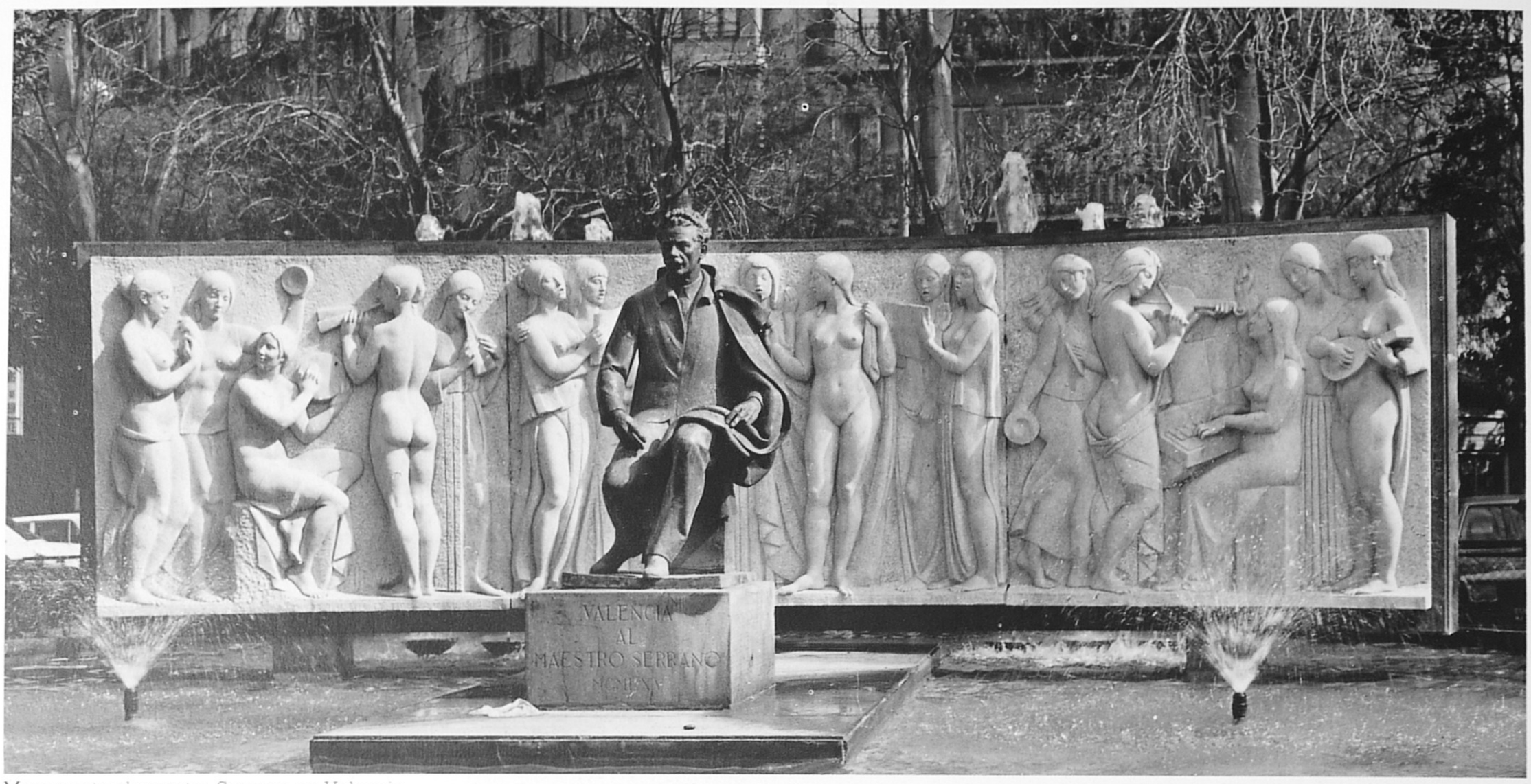
ADOLFO DE AZCARRAGA

Pensativa (bronce).

Despertar (bronce).

OCTAVIO VICENT

MAYO/JUNIO 85



Monumento al maestro Serrano en Valencia.

Octavio se revela al mito de la actualidad absoluta, y lo contrasta con un fuerte sentimiento de la tradición nutrido de idealidad, avezado a vivir entre la memoria del pasado y oírle hablar como de un título de nobleza portador de hechos prestigiosos.

Cree firmemente en la continuidad de la vida de las épocas transcurridas, en su aportación cívica a la construcción del presente y aspira a ser moderno en el único modo en que se puede ser de verdad. Sin quemarse la espalda con su carga tradicionalista.

El hecho es que la obra de Octavio se coloca por instintiva y natural persuasión fuera de toda corriente experimentista, como obra de evidente comunicación en medio de las pruebas más exasperadas del lenguaje plástico de hoy. La actualidad de Octavio es tal vez el destino futuro de sus más altas condiciones expresivas, que se basan sobre la convicción irreductible de los valores del hombre: convicción moral, intuitiva, intelectual y poética. De una tal convicción surge aquel sentido de la continuidad de la historia, que en su obra se convierte en signo de viva tensión entre tradición y modernidad.

FORTUNATO BELLONI

«El estudio de la belleza corporal tiene en Vicent un intérprete que sin apartarse de las lecciones de maestros anteriores tiene un sello personal que le evita ser epígono. Trata la figura desde ese objetivo que, sin prescindir del volumen, naturalmente, pone de manifiesto los contornos, los perfiles, los límites que encierran o contienen el bulto, el relieve.

Estas obras en bronce de regular y pequeña medida, esenciales en su corporeidad están pensadas para ser contempladas, para que vivan, desde la óptica de ese despegamiento de la materia —aunque sea tan rotunda como esta— para hacernos ver ante todo su vibración peculiar en el espacio mudo y vacío que le sirve de fondo y marco invisible.

Erguidas y flexibles, en actitudes serenas aunque en algunas de ellas sean los brazos la indicación de una danza que se acaba de parar o que empieza, estas esculturas de Vicent tienen la gracia de la naturalidad inmediata y la belleza de esa estatuaria siempre a punto de hablar, de vivir, que surge en Grecia y se prolonga en la Italia del Renacimiento. El equilibrio de proporciones de la anatomía humana, la energía que puede contener y de ella emanar, tanto por la materia con la que están hechas como por la calidad expresiva de la fuerza misma; la elegante, la postura espontánea y expresiva de esa insospechada, a veces, estética innata de un cuerpo, es, en resumen, la categoría estilística de estas bellas esculturas de Octavio Vicent.

Desde luego, las obras de Octavio Vicent tienen esa impronta de la visión receptora del conjunto que sin dejar de ser clásica ha evolucionado desde el impresionismo y, en la escultura con Degas, menos conocido en esta actividad que como pintor.

Por ello algo hay en la obra de este escultor valenciano que ahora nos ocupa que se adscribe al impresionismo con aquellas discusiones de la captación de la figura en sus movimientos inmediatos y de la última parte de la espalda con sus formas de «poire» o de «pomme», todo perfectamente serio en la obra de Renoir, por ejemplo o de Rodin, el precursor del concepto de la escultura del siglo XX.

Una hermosa exposición la de estas obras de Octavio Vicent quien resume lo mejor de la tradición con lo más reposado, más objetivo y válido de la evolución de la figura en la estética plástica de nuestra época».

ELENA FLÓREZ

«...Octavio Vicent el artista valenciano que, incansable, infatigable, ilusionado trabaja con un difícil sentido común y una fidelidad taxativa a un estilo y a unos modos de hacer que ni dependen de la moda ni se anclan en cómodas rutinas. Todo resuelve y redondea una colección excelente presidida por la serenidad, el orden y el tacto que permite observar una vez más la eficacia, entrega y maestría de un escultor que dominando el oficio ni se conforma con el éxito obtenido ni deja de reflexionar desde el trabajo diario que lo mismo encara ágilmente el bonito piso del monumento a Serrano, la sobría dimensión patética del descendimiento o la placidez transfigurada de la Anunciación. Una exposición importante, brillante insisto y que nos devuelve un artista en jugosa madurez todavía ilusionado, segurísimo».

E.L. CHAVARRI ANDUJAR

Aguadoras (bronce). 1ª Medalla Nacional

OCTAVIO VICENT

MAYO/JUNIO 85

«Nos encontramos ante un hombre que sabe extraer de la materia bruta la figura delicada y fina de una mujer o la musicalidad insonora de unos salmos cantados por monjes de piedra.

Un hombre en plenitud de talento y gusto artístico que ha recorrido todo el mundo de las artes para emborracharse de la belleza y la armonía.

Artista infatigable y andador trasnochado por los caminos de la historia hasta confundirse con el pensamiento y la fidelidad suprema de la verdad vivida día a día con esfuerzo y tesón.

La humanidad de su trato y la viveza de su cultura las imprime inexorablemente en sus esculturas como en una creación perenne donde el dibujo estiliza hasta el pensamiento y la belleza acaricia lo etnográfico de sus temas.

Ha sabido beber en las fuentes de los clásicos y ha sabido también modelar, con mano fuerte y segura, la tradición en las figuras y la continuación de la vida en el bronce y en el mármol. Se diría que su obra ubérrima está llena de vivencias naturales y de un colorido suave y sensual. Precisamente porque su color, el que le da el metal o la piedra, sensualiza el conjunto y la armonía de sus figuras. Es tradición viva, pero con la impronta graciosa de su personalidad y el espíritu concreto de lo costumbrista.

Lo clásico, en la obra del artista valenciano, es continuación del amor innato por la belleza inspirada en los grandes maestros griegos y romanos, y muy muchos también en los innovadores maestros renacentistas, y que Octavio Vicent le da un sentido especial de elegancia y sentimiento puramente personal. Sin desviar su gubia de los valores eternos que caracterizaron a la cultura mediterránea, el artista de nuestro monumento a Juan Ramón, ha creado un conjunto bellísimo en forma y movimiento tratado con suma delicadeza y veracidad. La tradición en él está ligada, por la vivacidad y expresión del momento, con el sentido modernista de la época sin que ésto haga de su obra una estridencia anacrónica, antes al contrario, sabe suavizar ambos contrastes con la elegancia intuitiva que le viene de una formación cargada de valores intelectuales y poéticos.

La gran obra de Octavio Vicent, esparcida por varios continentes, alcanza la meta definitiva de lo bello que le da la materia noble y recia, transformada en vida y creación constante. Es un trasplante anatómico y biológico con la finura plástica de su dibujo impar el que le da al bloque de la piedra virgen o al fuego cobrizo del metal.

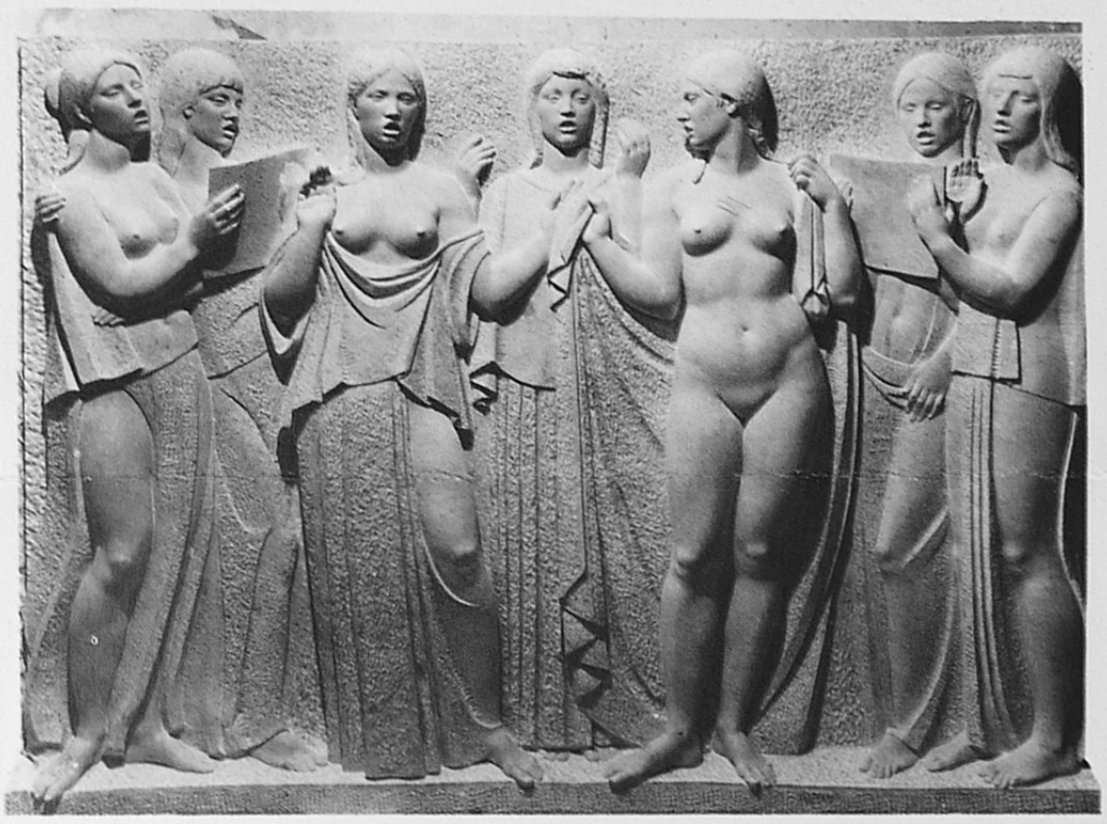
Sus figuras hablan por sí solas como la propia historia del arte. Serenidad, finura, elegancia, suavidad, perfección, equilibrio, armonía,... todo un conjunto bellísimo y sugestivo de virtudes plásticas que afloran de la obra con sólo contemplarla. Me atrevería a decir que Octavio Vicent sabe eternizar la historia clásica de los grandes maestros, es decir, el estilo y el lenguaje figurativo que los griegos y romanos dieron a sus figuras, con el mensaje actual de lo popular y costumbrista. En este binomio de antigüedad y modernismo se mueve toda la obra del maestro Vicent Cortina que, en Moguer, deja su más fiel representación en el monumento a Juan Ramón.

En la obra que nos deja de relieves transparentes juega un papel muy importante la alegoría, lo ideal, casi el mito, en un sentido espiritual y poético. El amor y la poesía se conjugan y hermanan en el pensamiento central de Juan Ramón que, sedente y estático, pero casi con vida propia, se abstrae mirando, tras el cristal amarillo, los campos moguereños.

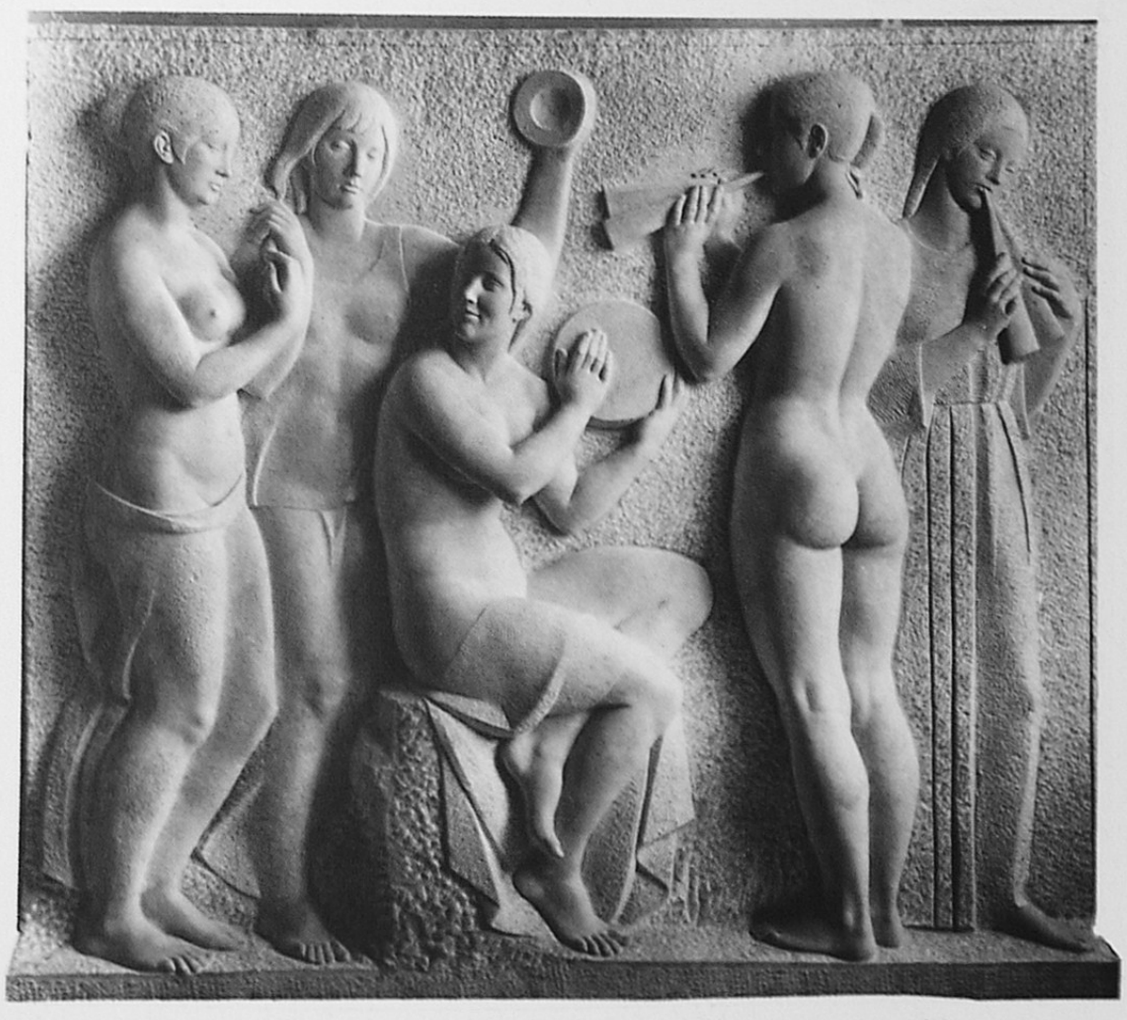
Sus materiales son, como el autor nos dice, nobles. Bronce mármol de Carrara, piedra de granito gris,... Materiales para un monumento trasunto de eternidades y que, en la ciudad universal de la poesía, que es Moguer, se ha hecho arte clásico por la gracia irreversible de la gubia personal y creativa de Octavio Vicent.» (José Antonio Díaz-Roca, presentación del catálogo realizado con motivo del monumento a Juan Ramón en Moguer, 1982).

«Los desnudos trascienden una diáfana y limpia sensualidad poética de formas, de líneas de nítidos volúmenes, como si expresaran la visión generosa de la vida. Los personajes femeninos son deliciosos y delicados. Por su factura y confección responden sus esculturas a la visión y percepción mediterránea de la forma, de la armonía y de los volúmenes. Octavio Vicent impregna sus trabajos de un expresionismo equilibrado y emotivo, vinculando su obra a los más puros conceptos de la escultura. Su producción artística se presenta noble y sensible, sabia y bella, está inspirada en el realismo que lo poetiza sin renunciar a ningún valor artístico que la experiencia haya puesto a su alcance. Sus obras poseen el frescor de la sinceridad y la armonía que su concepto le exigen de ella. Respiran serenidad y equilibrio, como obedeciendo a las mate-

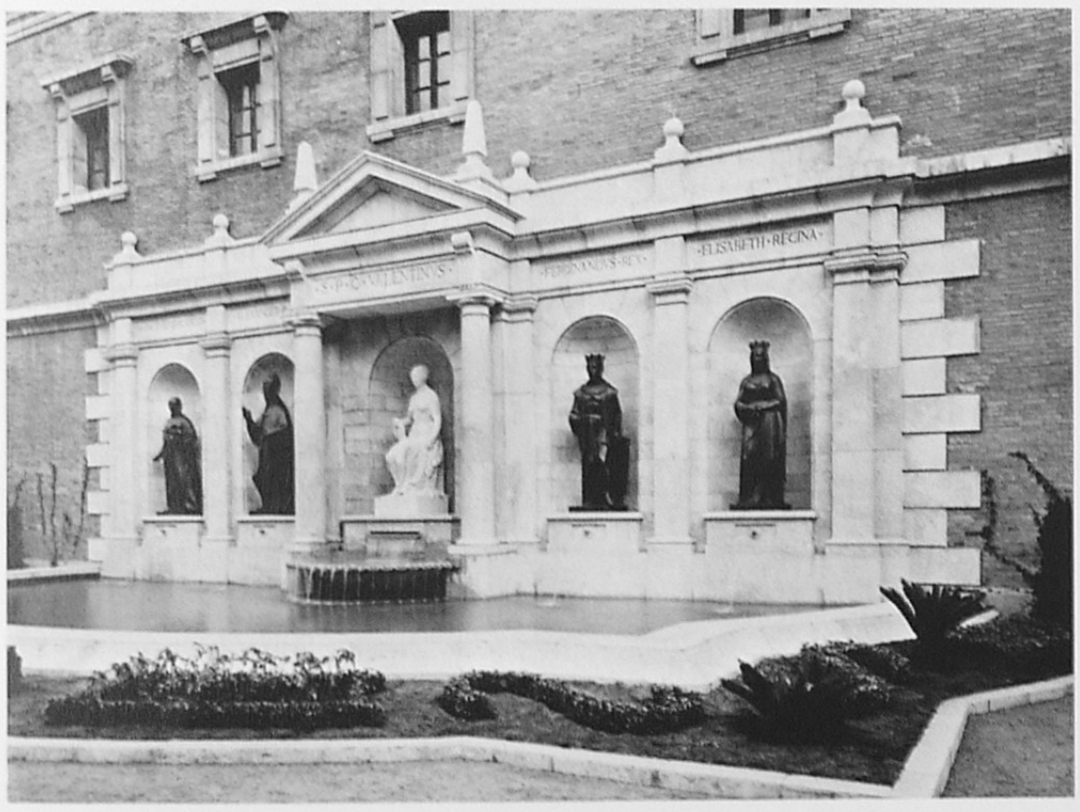
Monumento al maestro Serrano. «La música de cámara» (fragmento).



Monumento al maestro Serrano. «La música polifónica» (fragmento).



Monumento al maestro Serrano. «La música popular» (fragmento).



◀ Fuente de la Universidad. Valencia.

máticas de la eurritmia. En estas esculturas, de técnica irreprochable y tradicional, se aglutinan la sensibilidad exquisita y el buen gusto del concepto clásico.

En la obra de Octavio Vicent se aprecia siempre la perfección formal. Así en las imágenes encarnadas y policromadas sabe mantener el purismo del arte y, a su vez, conseguir que inspiren devoción. Largo de producción, de voluntad y esfuerzo, denota un noble acento realista y un afán de autenticidad».

GONZALO PUERTO

«Ritmo. Forma. Belleza. Todo el Mediterráneo —sensualidad y espíritu— está oculto en sus bronces. Hay un eco lejano de Roma y de Florencia y aires renacentistas con acento italiano que cantan armonías y liman asperezas en las obras rotundas de este escultor que sabe y que domina el último secreto de su oficio y que utiliza todo lo que sabe para abrirles caminos a sus sueños.

Vicent es un poeta que prefiere el soneto al verso libre. Y que tienen su canon de gracia y de belleza. El arte es algo más que testimonio. Es para él la religión suprema. La armonía total. La moral y la estética. El ayer y el futuro. El diálogo entre el hombre y su dios.

Retratos donde el alma tiene un sitio en el rostro. Retablos en los que el misticismo se convierte en relieve. Y cuerpos de mujer, castamente desnudos, gozosos y tranquilos, sensuales y felices, sorprendidos y libres, como si no tuvieren sobre ellos el peso del pecado original.

Vicent parte del clasicismo, bebe en él, se emborracha de bellezas eternas y después, escuchando los gritos de su voz interior, habla en lenguaje propio a través de sus manos, dándole a cada obra la hermosa sencillez de lo espontáneo».

MARIC ANTOLIN

«La belleza, más que definitoria, es sugeridora. Y así, nuestra retina ha quedado prendida y sugestionada por esos volúmenes en que aflora la gracia espontánea, esas femeniles desnudeces en que conviven los valores espaciales y expresivos.

En esas figuras modeladas en bronce, va implícita, una síntesis de vigor y delicadeza, unos ingredientes aparentemente contradictorios pero que prestan una reveladora y poderosa atracción que solicitan una reverente atención y emocionan dulcemente nuestra sensibilidad. Nos hallamos en presencia de unas formas de una plasticidad inefable, donde la mesura, la contención y el buen gusto ponen su punto y aparte; donde la sobriedad y elegancia dominan y señorean plácidamente la arquitectura del cuerpo. Hay palabras exactas como hay formas concretas. Como hay toques y cinceladuras sutiles y mágicas que trasmiten, a la materia inanimada, gracia vivificante plena de ritmos, pulsaciones y armonía; que todo eso parece trascender de la obra de este levantino que es Octavio Vicent.

La escultura es forma y volumen. Estamos ante un modelador excepcional, que nos trasmite el tesoro de su sensibilidad. Arte limpio, sin retórica ni ínfulas. Un artista nato, prestando fidelidad y servidumbre a un ideal que le engrandece y resarce sus desazones.

En Octavio Vicent adivinamos un fondo indesmayable de lealtad a su oficio, poseído de un afán inestinguible. Sus obras son trigo limpio y manufactura depurada. Octavio Vicent sigue esa línea maestra de la ortodoxia, en donde confluyen reminiscencias del saber antiguo, vinculada a ese mundo griego irrenunciable.

La belleza sólo puede convivir con la proporción. Como esas figuras que alentaban con sus armónicos contornos, poseídas de eurritmia y morbided, erectas sin rigidez, seduciéndolos y embargándonos, porque a través de ellas entreveíamos la sinceridad y honradez del único proceder viable: una obra desprovista de convencionalismos capciosos ni efectismos retóricos. Porque la sabiduría consiste únicamente en la verdad sin tapujos, como las desnudeces de esos cuerpos arquitecturados atinadamente, con la plenitud profunda de su corporeidad, suavizada por la serenidad del gesto y del ademán, trasunto de ese antropomorfismo griego, realizado asimismo en bronce».

PABLO DE CIFUENTES

PREMIOS

El escultor valenciano Octavio Vicent, Catedrático de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid, Académico Numerario de la Real Academia de San Carlos y Profesor de Término de la Escuela de Artes Aplicadas, es el más galardonado de los escultores valencianos actuales. Su palmarés, entre otros, es el siguiente:

1935 Pensión Piquer para ampliación de estudios en Italia.
1945 Tercera Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid.
1948 Segunda Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid.
1950 Primera Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid.
1952 Segundo Premio Nacional de Escultura. Madrid.
1953 Bolsa de estudios del Instituto Italiano di Cultura Perugia.
1955 Segundo Premio Nacional de Escultura. Madrid.
1956 Bolsa de estudios del Gobierno francés. París.
1957 Primer Premio de Escultura Mediterránea. Alicante.
1958 Primer Premio Nacional de Escultura. Madrid.
1959 Premio Guadalquivir. Sevilla.
1962 Premio Karman. Sevilla.
1968 Premio del Ayuntamiento de Sevilla.
1971 Premio Azorín. Alicante.

OBRAS EN MUSEOS Y COLECCIONES

Valencia: Museo Provincial de Bellas Artes.
Valencia: Museo Nacional de Cerámica.
Valencia: Cámara de la Propiedad Urbana.
Valencia: Museo y Archivo Municipal.
Valencia: Diputación Provincial.
Valencia: Caja Provincial de Ahorros.
Alicante: Caja Provincial de Ahorros.
Crevillente (Alicante): Museo Municipal.
Jijona (Alicante): Museo «Octavio Vicent».
Castellón: Caja Provincial de Ahorros.
Castellón: Imágenes en la iglesia de las Madres Carmelitas Descalzas.
Benicásim (Castellón): Desierto de las Palmas, Cristo de la Cripta.
Sevilla: Museo de Bellas Artes, etc.

OBRAS EN LUGARES PUBLICOS

Valencia: Estátua de San José, en el Puente de San José.
Valencia: Monumento al maestro Serrano.
Valencia: Fuente monumental de la Universidad.
Valencia: Monumento a Arnau de Vilanova en la Facultad de Medicina.
Valencia: Monumento al arzobispo don Marcelino Olaechea.
Valencia: Imagen procesional de Nuestra Señora de los Desamparados.
Valencia: Cuatro ángeles del Camarín de Nuestra Señora de los Desamparados.
Teruel: Fuente monumental en la Glorieta de Galán.
Guadalajara: Monumento a José Antonio Primo de Rivera.
Alcira (Valencia): Monumento al labrador.
Burriana (Castellón): Monumento a don Jaime Chicharro.
Jijona (Alicante): Retablo monumental del altar mayor de la iglesia arciprestal, etc.
Madrid: Monumento a Félix Rodríguez de la Fuente.
Madrid: Monumento al ingeniero D. Antonio Lleó.
Moguer: Monumento al poeta Juan Ramón Jiménez.

«Desnudo» (bronce).

«Labrador» (bronce).

Esculturas realizadas para Vicent García Editores.